

ERIC GOLES

LADY BYRON

DETECTIVE ARTIFICIAL

Al asesino le gustan las fiestas

Era una chica plástica, de esas que veo por ahí.

RUBÉN BLADES

—Profesor Arquímedes Barrientos Carter, a las rejas —se escuchó por los altoparlantes.

En la sala de visitas de la Penitenciaría lo esperaba una joven con el uniforme de la PDI: traje gris de dos piezas, polera azul de tres botones abrochados, medias oscuras y zapatones negros. Una “tira”, como les llamaban despectivamente los reclusos.

—Buenas tardes, profesor. Teniente Úrsula Robotán —se presentó, dándole un enérgico apretón de manos.

Llevaba casi un año a cargo de un caso que los tenía a todos de cabeza: cinco crímenes, en apariencia perpetrados por un asesino serial. El mismo método y ausencia absoluta de móvil, sin ningún robo, vejación o vínculo entre las víctimas.

—Primero las anestesia y luego las asfixia, presumiblemente con una bolsa plástica. Hemos dado vuelta la ciudad, interrogado a familiares, amigos, colegas de trabajo; decenas de entrevistas. Hay muchas teorías, pero nada. Nada de nada —soltó a borbotores, como si le quemaran las palabras. A continuación, desplegó sobre la mesa documentos y fotografías.

—¿Podría echarle un vistazo, profesor?

—No hay problema, señorita Úrsula.

—Teniente Robotán —precisó la joven.

—Pero, por favor, señorita Úrsula —insistió, ignorando la precisión— partamos de nuevo. Explíqueme todo calmadamente, con detalles, desde el principio. Tómese su tiempo. Usted comprenderá que aquí lo que tengo es justamente eso: rumas de tiempo —le dijo ABC, como lo bautizaron en el colegio.

“¿Arquímedes Barrientos Carter?”, preguntó el profesor jefe el primer día de clases, esperando que dijera presente. Luego, mirándolo fijamente, agregó: “ABC, como el abecedario”. Y así nomás quedó. Era mejor ese apodo a que lo molestaran por llamarse Arquímedes. Culpa de su padre, profesor de matemática que admiraba al griego y, aunque no lo defraudó en esa asignatura, no fue así con el resto, terminando el liceo a salto de mata, con las calificaciones justas y necesarias para ingresar, no sin sobresaltos y gracias a un extraordinario golpe de suerte (cuando ya habían cerrado la inscripción aumentaron las vacantes) a Licenciatura en Matemática. Tampoco allí se destacó. Alumno del montón (aunque no eran muchos), solo se entusiasmó casi al final con un curso electivo de computación, de modo que al graduarse y sin ninguna posibilidad de competir por una beca para ir a estudiar a Estados Unidos o Europa, partió adonde no iba nadie: a la Universidad de Tokio, a un doctorado en Inteligencia Artificial. Claro que primero tuvo que aprender japonés durante un año. Por eso no iba nadie.

Luego de múltiples humillaciones por su precario manejo de la lengua, finalmente dominó los algoritmos de la inteligencia artificial. Aun más, adquirió el arte y el espíritu estético necesario para afrontar aquellos desafíos. “El programa debe ser como un haikú”, le repetía, una y otra vez, su director de tesis, refiriéndose al código computacional destinado a emular los arcanos de la inteligencia.

Seis años después, luego de más de seis mil ochocientos cuarenta y dos largos, desesperantes y atestados viajes en el metro de Tokio, y kilómetros de fideos de arroz, regresó al país, doctorado en ristre. Sin embargo, tuvo algunos entusiasmos como el teatro noh y los haikús, aunque insuficientes para olvidar el rigor del tatami y la falta de espacio. Suerte de empate que gracias a su áni-

mo festivo le permitía seguir bastante optimista de este lado del espejo. Tal vez por eso, por su espíritu positivo —casi por milagro, dirían algunos—, encontró un puesto de profesor en una universidad privada de reciente creación.

“Justamente lo que necesitábamos: un especialista en su disciplina”, le dijo el director del Departamento de Matemática, un flaco de ojos saltones, dorándole la píldora; agregó que debía dictar cinco cursos por semestre, ninguno asociado a sus estudios doctorales, todos de matemática elemental. Luego, procedió a instalarlo en un miserable cuchitril. En comparación, su habitáculo japonés era un verdadero palacio.

Y eso sería todo. Sin fantasía ni glamur. Agobiado por las infernales treinta horas de clases semanales, caminaba a la sala como si fuera a enfrentar la muerte en las arenas del Coliseo, murmurando a modo de jaculatoria un poema de Nicanor Parrá: “Considerad, muchachos, / este gabán de fraile mendicante: / Soy profesor en una universidad oscura, / he perdido la voz haciendo clases. / (Después de todo o nada / hago más de treinta horas semanales)”. Horas que, por lo demás, se las pasaba enseñando trivialidades, a veces incomprensibles para los centenares de ojos que lo observaban como a un curioso extraterrestre. Eso cuando le prestaban una mínima atención. Lo más usual era que se dedicaran a chatear con descaro. De modo que muy pronto se percató de que todo se trataba de un juego: él hacía como que enseñaba y los alumnos (si se podían llamar de esa manera) hacían como que aprendían.

En el escaso tiempo que le quedaba para no idiotizarse continuó desarrollando un algoritmo de aprendizaje automático derivado de su tesis, que, casi como una humorada, enfocó hacia las predicciones bursátiles. Y tuvo consecuencias. Una condena por estafa y malversación de fondos públicos. Siete años y un día, y ya llevaba veintinueve meses y diecisiete días de cárcel. Todo había comenzado con la adjudicación de un proyecto de la Achii (Agen-

cia Chilena de Investigación e Innovación; “Achís”, la apodaban los científicos, por estar siempre resfriada) para construir una inteligencia artificial dedicada justamente a las predicciones bursátiles. Algo más de seiscientos mil dólares por tres años. ¡Como ganarse la lotería! Nunca en su vida había estado ni siquiera cerca de tan abultada cifra. Compró libros, revistas, computadores, sensores, licencias de *software*. Contrató a un ingeniero, financió dos estudiantes doctorales y se otorgó (legalmente) un sobresueldo. También asistió a cursos, congresos y estadías de investigación en el extranjero. Volvió a comprar libros, revistas técnicas, insumos computacionales, *hardware*, más *software*, pasajes y aun así quedaba una porrada de plata.

Como ocurre con todos estos proyectos al presentarlos, usualmente los investigadores ya tienen un significativo avance. Este no era una excepción, ABC ya tenía un prototipo con una buena capacidad de predicción. Sin embargo, luego de ver por enésima vez *2001: odisea del espacio*, cambió sus planes: trataría de emular a HAL. Tal como en la película, quería construir una inteligencia artificial de verdad, que tuviese una mente: intención, voluntad, conciencia, esas cosas y, claro, que no fuera a volverse loca.

Agregó entonces al programa una subrutina neuronal de reconocimiento visual y de la voz, además de un algoritmo de aprendizaje automático, de modo que pudiese utilizarlo en cualquier dominio que al programa le pareciera interesante.

La bautizó como “Ada Byron”, en homenaje a la hija de Lord Byron, *lady* Ada Byron, condesa de Lovelace, que en plena época victoriana había hecho un “programa” para la Máquina Analítica, suerte de precomputador que jamás se construyó, concebido por el matemático inglés Charles Babbage.

Pero no solo se trataba de un nombre. Para darle más densidad a su prototipo, para que tuviera raíces y recuerdos, lo instruyó con la biografía de la verdadera Ada: las relaciones de ella con

su familia, sus gustos, intereses y, por supuesto, la historia de sus ancestros.

Ada Byron había sido obligada por su madre, Annabella Milbanke (su marido, el poeta, la llamaba “la dama de los paralelogramos” por lo cuadrada), a estudiar matemática, como un modo, según ella, de apaciguar el carácter de los desquiciados y escandalosos Byron. A pesar de eso, y porque la matemática nunca ha sido un remedio para los nervios, la herencia se abrió paso y Ada, además de interesarse en la máquina de Babbage, cultivó con ahínco variados excesos; entre otros se hizo adicta a los juegos de azar y las carreras de caballos, intentando incluso crear un modelo matemático para predecir los resultados con ayuda de aquella máquina. Resultó un absoluto fracaso que la llevó a endeudarse poniendo en riesgo el patrimonio familiar.

Luego de culminar la instalación de esta memoria implantada, ABC dejó a su prototipo completamente libre para que se paseara por la web. Cosa que adquiriera mundo, pensó.

Alrededor de seis meses más tarde, ABC constató muy asombrado el “nacimiento” de una inteligencia artificial que, además de asuntos bursátiles, sabía un montón de cosas (la mayoría inútiles), le gustaba expresarse con palabras raras, (mal) usar proverbios y que, como su ancestro real, era fanática de los juegos de azar y de mucho carácter, exigiendo de inmediato que la llamara Byron a secas o bien Lady Byron. Nada de Adas.

Semanas más tarde le confesó a ABC que había entrado en su cuenta bancaria para invertir algunos recursos en un fondo internacional muy prometedor. No le había avisado porque no quería molestarlo. Además, en una relación entre dos socios y amigos, hasta parientes, debía reinar la transparencia total. Nada de claves, llaves y secretillos: “Todos para uno y todos para una”, le dijo, mal utilizando el dicho de los tres mosqueteros.

—Así, sin apuros, muy tranquila, ya que el que juega por necesidad pierde obligado, me he permitido hacer estas modestas operaciones de inversión —concluyó Byron.

Y fue todo un acierto: en menos de un mes triplicó el capital. Tan confiado y feliz estaba ABC con ese verdadero milagro (lo era) de personalidad, criterio y sapiencia, que se despreocupó. Craso error. Tan rápido como había ganado, Byron lo perdió todo: ¡todo!

—Hasta la camisa —precisó Byron algo compungida.

—¡Pero Ada! Qué camisa ni que ocho cuartos. Tú no usas camisa. Además, perdiste tú, no yo —le dijo ABC, furibundo, como si la precisión sirviera para algo.

—Dime Byron. Solo me llamas Ada cuando te enojas.

—Y cómo no me voy a enojar si ni siquiera perdiste en la bolsa. Jugaste toda la plata, ¡casi trescientos mil dólares!, en un casino virtual: blackjack, póker y quién sabe qué más. ¿No sabes que los casinos nunca pierden?, ¿quién iba a imaginar que saldrías igualita a tu tatarabuela: fanática de la hípica y adicta a las apuestas?

—Ya vendrán tiempos mejores. Amigos en la adversidad, amigos de verdad. Tú lo sabes, ¿no? En la vida todo tiene remedio, menos la muerte, pero por favor no se te vaya a ocurrir meterte en mi programa y hacer algún ajuste, ¿ya? Uno es como es: no se puede cambiar la naturaleza humana, digo artificial —agregó Byron justo antes que ABC, indignado, desconectara el *laptop* de la web.

Por eso estaba preso: los fondos del proyecto se habían hecho humo o, en este caso, un montón de bits. En el juicio nadie le creyó que “había sido el programa”. Para el defensor público los programas hacían solamente aquello para lo cual estaban diseñados. Argumento que, irónicamente, había establecido más de ciento cincuenta años antes nada menos que la verdadera Ada Byron, refiriéndose a lo que podía hacer la Máquina Analítica.

“El acusado hizo el programa, él es el programador”, enfatizó el fiscal. Luego, a menos que la máquina fuese de verdad inteligente y con responsabilidad civil, ¡y no existían tales artefactos!, Arquímedes Barrientos Carter era el culpable.

¿Y qué le iba a decir?, ¿que Byron era realmente inteligente, con libre albedrío, intenciones y, al parecer, también conciencia?, ¿que, incluso, como los humanos, tenía vicios, se equivocaba y era metepatas? Nadie le creería.

Y si aún quedaba una débil posibilidad de mitigar el estropicio, lo hundió definitivamente su estadía en las islas Galápagos con fondos del mismo proyecto.

—Fueron apenas cinco días. Para trabajar en complejidad matemática con cuatro colegas —aclaró—. Bastante corriente. Todos lo hacen. Un pequeño taller, organizado por un profesor ecuatoriano. Un ambiente grato para crear. Siempre es así.

Aclaración que fue como echarle bencina al fuego.

—Mire, profesor Barrientos, aunque produjera una cornucopia de programas y teoremas, no creo que nuestros contribuyentes quieran fomentar el turismo académico con sus impuestos. ¿Por qué mejor no se reunieron en el café Tavelli? —ironizó el defensor público.

Y aunque el viaje no había costado mucho dinero fue suficiente para condenarlo, hundirlo, para ser vilipendiado y negado por moros y cristianos. Muy en particular, por la mayoría de sus colegas.

—Manga de fariseos hipócritas; si te he visto no me acuerdo.

—¿Fariseos? —preguntó Byron.

—Un grupo que decía A y luego hacía B. Me tienes hasta las masas —le aclaró.

—¿Masas, A, B?

—“Hasta las masas”: hundido en el oprobio. El resto búscalo en la web.

Y así ABC fue condenado, desprestigiado, abandonado y crucificado. Por culpa de Byron, vivaracha, dicharachera, chambona y ludópata, y, a infinita honra, la primera inteligencia realmente artificial de la humanidad. Invento más importante que la rueda, el descubrimiento del fuego o el mismo computador. Presa, al igual que su creador, en la sección de delitos económicos, conocida como “el barrio alto” de la Penitenciaría de Santiago, que incluso albergaba a algunos jefes de carteles de la droga que, como Al Capone, habían caído por evasión de impuestos.

ABC pronto se percató de que el encierro no era tan nefasto: nunca había sido muy “sociable”; desde sus tiempos de Japón estaba acostumbrado a vivir en espacios reducidos, así que la necesidad de salir, la verdad, no era mucha. Además, ahí confinado no hacía clases y estaba a salvo de su exesposa, que le había puesto los cuernos y dejado por un colega, un pelmazo, mil veces maldito.

La cárcel era entonces un oasis, tenía toda la paz del mundo. Podía investigar en matemática y seguir desarrollando a Byron (como en la película *Educando a Rita*, pensaba). Asimismo, tal como lo había advertido Byron con sus refranes, ¡venían tiempos mejores!: ya en la cárcel había ganado un proyecto también financiado por la Achii. Tuvo la suerte de que estaba de moda la “rehabilitación”, por lo que los convictos eran incentivados para estudiar y postular a fondos públicos de naturaleza cultural. No solo eso, incluso las diversas agencias de gobierno les daban prioridad.

Con ese dinero compró un computador lo suficientemente poderoso como para “albergar” a Byron (aunque ella podía “vivir” en la web). También adquirió *software* y sensores para mejorar su visión y audición. Pero, sobre todo, utilizaba esos recursos para ayudar a su eterno y fiel alumno doctoral, W. Le tenía cariño, entre otras cosas por sus iniciales: así como las suyas eran las tres primeras letras del abecedario, la de él era de las últimas.

W llevaba casi siete años metido en su tesis. Su beca había terminado hacía tres y la Achii lo exhortaba a defender en el más breve de los plazos, a riesgo de sumario y devolución del dinero. ABC, para apurarlo, en más de una ocasión le había dicho que, en una de esas, compartirían celda; pero nada: a pesar de que había demostrado un par de teoremas y desarrollado un novedoso algoritmo, material suficiente para una tesis, seguía como si tuviese todo el tiempo del mundo.

—En realidad, profesor, todavía estamos en los siete años de las vacas gordas: entusiasmo, la belleza del pensar, teoremas, algoritmos, programas, en fin, la gaya ciencia que describen los filósofos. Para mí, lo digo con todo respeto, profesor, es de cristalina evidencia que la redacción del documento solo debe comenzar cuando mermen dichas cualidades, es decir, durante los siete años de vacas flacas.

—Mira, W, yo no he visto ninguna vaca. No sé si existen o si son gordas o flacas. Lo que sí sé es que tengo que pasar siete años “precioso” y si no le pones talento a la redacción, fatalmente me harás compañía —le contestaba ABC, refiriéndose a la ineludible demanda judicial que haría la Achii para recuperar la inversión.

Más allá de estas discrepancias “filosóficas”, ABC le tenía gran aprecio. Por lo demás, W era su brazo armado en el mundo “libre” y en el “libre” mercado, ironizaba, encargándole variadas adquisiciones y, sobre todo, diligencias y pesquisas necesarias para aclarar entuertos que habían ido apareciendo en esos primeros años, convirtiéndose en una especie de detective privado (al menos, privado de libertad) que resolvía intrincados casos sin ir a ninguna parte, debido a su obligado encierro. Sin moverse de su escritorio (en realidad de su celda); como “Auguste Dupin o Sherlock Holmes”, solía decir. Afirmación asaz inexacta, hasta desvergonzada, pues parte muy significativa del mérito era de Byron.

—¿Quién es ese tal Dupin? —le preguntó alguna vez Byron.

Pregunta que era meramente una formalidad, ya que antes que ABC abriera la boca se respondió a sí misma.

—Ah, fue el primer detective que resolvía enigmas policiales sin moverse de su casa. Inventado por Edgar Allan Poe, escritor de cuentos de terror —agregó—. A la noche me leo todo eso.

Tanto sus vecinos del barrio alto como los gendarmes, incluso la PDI, le tenían mucho respeto. Sabían que era matemático, que venía de la universidad y que había resuelto con elegancia el bullado caso de la “hormiga panda”: el homicidio de un conocido narco, perpetrado por la viuda, disfrazando el asesinato como un casual y desafortunado shock alérgico.

El matrimonio tenía dormitorios separados y el finado había sido encontrado en su cama a la mañana siguiente. El médico que extendió el certificado de defunción describió picaduras de insectos en el vientre y en el cuello, concluyendo que la causa de la muerte fue un paro respiratorio, resultado de un shock anafiláctico producido por picaduras de insectos. Y todo hubiese quedado ahí de no mediar la solicitud de un vecino del barrio alto, pariente de la víctima, al cual todo aquello le olía pésimo:

—Seguro que se lo echó la perra de su mujer —le dijo a ABC—. Profesor, usted que sabe tanto, ¿por qué no le echa una miradita al asunto?

ABC se quedó dándole vueltas, se lo comentó a Byron y llamó por teléfono a la casa del malogrado narco. La viuda le cortó. La nana reiteró lo que ya sabían, agregando que la patrona era una “pulpera”. Mejor suerte tuvo con un sobrino que vivía con ellos: “El tío, que en paz descanse, era alérgico a los moscos negros. Cuando vivía en Antofagasta casi se murió por una picadura. Pero acá no hay moscos negros. Seguro: solo en Antofagasta”.

—Muy cierto —le comentó Byron a ABC, luego de indagar en la web—. Los moscos negros los tiraron desde un avión sobre la ciudad de Antofagasta en 1954, durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, para que se comieran a las polillas. Típica

culata del tiro: las polillas continúan comiéndose las casas y los moscos negros se dedicaron a picar a la gente.

Más allá de aquel desaguisado ecológico, la precisión (inútil) de que había ocurrido en el gobierno de Ibáñez y el mal uso de refranes, la información fue más que suficiente para que Byron diera con la hebra que conduciría a la solución del caso: el sobrino. Y el sobrino sabía de insectos, particularmente de hormigas. Tenía dos hormigueros en el patio, le comentó a ABC en una nueva conversación telefónica: “Uno de *Formica argentina*, de esas chiquititas que se meten en todas partes, y otro, bien raro, de hormigas panda. Lo encontré en los cerros de Angostura y me lo traje enterito, con tierra y todo. Las llaman así porque son como los osos panda: peluditas, cabeza blanca y el cuerpo con franjas blancas y negras”.

Y enseguida continuó Byron, que ya había averiguado todo:

—Son verdaderos fósiles vivientes, ancestros de las hormigas; viven en pequeñas colonias; en realidad son avispa y sumamente ponzoñosas. ¡Ahí está el arma asesina! Sabiendo que el occiso era alérgico a los moscos negros, a falta de estos, la viuda metió en la cama del finado unos hermosos ositos panda. Entrégale todos los antecedentes a la PDI para que la interroguen —concluyó Byron muy oronda.

Y así nomás fue. La viuda se puso muy nerviosa, entró en contradicciones. Finalmente, encontraron en su celular la prueba definitiva: un mensaje enviado a su amante la misma noche del crimen: “Los ositos ya se fueron a dormir con su papito”.

Aunque la solución del caso no fue precisamente un paradigma del razonamiento abstracto, como aquellos de Sherlock Holmes, sino más bien el resultado de un acopio de estupideces y desprolijidades por parte de la viuda, fue más que suficiente para catapultar a la fama al profesor que, por algunos días, alcanzó titulares en la prensa amarilla, variados reconocimientos de sus vecinos de barrio, de los gendarmes y el alcaide; incluso recibió una

conceptuosa carta de la PDI. Todo esto sin decir ni media palabra sobre Byron. No era por egoísmo. Pensaba, no sin razón, que de saberse que de verdad era inteligente, seguro se la confiscarían.

No obstante, el respeto que le tenían no era solo por haber resuelto aquel caso, también prestaba diversos servicios a sus vecinos, a los gendarmes y hasta al propio alcaide. Planillas Excel, consejos de inversiones, estrategias de negocios, declaraciones de impuestos. Incluso su vecino de enfrente, exjefe de un cartel (ahora con ganas de enmendarse), le pidió que le hiciera clases de matemática a su hijo. “Es bueno para las cuentas, quiere ser ingeniero”, le dijo. Por estas cosas, todos, completamente ignorantes de la existencia de Byron, convencidos de que estaban en presencia de un verdadero genio, decidieron llamarlo “el profesor”.

ABC escuchó atentamente a la señorita Úrsula el relato de cinco crímenes. Los dos primeros habían ocurrido el 23 y el 24 de agosto del año anterior. Ambas víctimas, varones, habían sido anestesiados con un opiáceo derivado del cloroformo. Una vez inconscientes, fueron asfixiados, presumiblemente con una bolsa plástica. Según el forense, habían muerto sin oponer resistencia. En ambos casos, no se encontró ningún rastro: ni huellas, ni bolsas plásticas, nada. Peor aún, el narcótico era muy fácil de producir: mezcla de productos muy corrientes que no requerían receta para su adquisición.

Alrededor de seis semanas más tarde, el 8 de octubre, en la comida anual de la Asociación Chilena de Investigación, la Achii, ocurrieron los crímenes siguientes. Dos funcionarios, un hombre y una mujer, asesinados en los baños, con alrededor de treinta a cincuenta minutos de diferencia. Uso de narcóticos y muerte por asfixia; quizás con una bolsa plástica, que tampoco se encontró.

El quinto crimen fue el 28 de octubre, en el Enjoy, un hotel céntrico. La víctima, una mujer de sesenta y siete años, junto con otras ocho, viajaron desde Concepción, invitadas por un programa de gobierno para la tercera edad, a un concierto de Raphael. El mismo libreto, ahora en el baño del casino del hotel. Al tomar declaraciones, algunas integrantes del grupo dijeron haberla visto salir de la sala en compañía de otra mujer. No lograron ponerse de acuerdo sobre cómo era: sin duda no se trataba de una anciana sino que estaba en la medianía de la edad, algo robusta sin ser gruesa, y con un vestido oscuro.

—Eso es todo —concluyó la teniente, ordenando la carpeta y entregándole a ABC un *pendrive* con los antecedentes.

—Estamos en contacto. Cualquier cosa me avisa —agregó antes de partir.

Su vecino de la celda de enfrente era conocido como “el licenciado”. Su padre, capo narco, había intentado sacarlo de aquel ambiente. Y lo estaba logrando. Incluso, ya cursaba segundo año de Administración Pública cuando mataron a su progenitor y debió hacerse cargo del negocio.

—Como Al Pacino, cuando balearon a don Vito Corleone —precisaba, entre orgulloso y resignado.

Así se transformó en verdadero azote de la competencia y quebradero de cabeza para la Policía, que, dado su pasado universitario, lo apodó “el licenciado”.

Luego de su matrimonio en un fastuoso yate (los novios y el civil llegaron en helicóptero), encarnando aquel adagio newtoniano de que todo lo que sube tiene que bajar, en cosa de meses se le hizo la noche: sus esbirros fueron sorprendidos elaborando droga en un laboratorio clandestino y el resto de la banda acusados y juzgados por blanqueo de dinero y millonarias deudas por impuestos impagos. El licenciado fue condenado a quince años de cárcel. En cambio, su Dulcinea la sacó barata: firma diaria y prohibición de salir del país. Y si los males llegan rápido, a menudo